

No te pide ciencia para comunicarte con Él; te necesita a ti como eres. Ve dejando todo lo que es criatura y ve haciendo silencio en tu alma.

Orar es amar, es vivir en intimidad de hogar con la Familia Divina. Es decirle todo eso que tienes en tu alma, es ponerte en su corazón de Padre tal como eres. Por eso, la oración unas veces será hablar con el Señor; otras escucharle; otras, mirarle y sentirte mirado; descansar en el pecho del Amigo y hacerle descansar a Él; decirle que sí en una entrega total a su amor eterno; adorar en postración amorosa; abandonarte en sus brazos de Padre; sentarte en sus rodillas para que te cuente Su secreto; apoyar tu cabeza como San Juan, en el pecho del divino Maestro; escucharle de rodillas como la Magdalena; mirarle embobado como los pequeñuelos; estarte saboreando una frase que sea vida para tu alma, o quedarte en silencio, en saboreo y amor, ante una cosa que has leído o que has oído.

Dios quiso concedernos todo cuanto le pidiésemos y sometió a nuestra oración, innumerables dones que le serían arrancados en la medida de nuestra petición. Cuando no oramos, los perdemos. Y por eso, ¡cuántas gracias perdidas...! ¡cuántas cosas que Dios quiere concedernos!

“Todo cuanto pidiereis al Padre en mi nombre os lo concederé”. ¡Todo! Dando tal fuerza a nuestra oración, que somos omnipotentes delante del Padre. Dios tiene innumerables gracias colgadas de nuestras peticiones, ya que al injertarnos en Él, nos dio un sacerdocio capaz de arrancar los tesoros infinitos de su pecho, en derramamiento para todos los hombres; y en el ejercicio de este sacerdocio común, nos hace más fecundos y vitalizadores dentro de la Iglesia. En la medida que tenemos a Dios, lo comunicamos a través de nuestro sacerdocio.

¡Qué grande, qué omnipotente, qué poderoso es un hombre orando a los pies del Sagrario...! Tanto que, ante Él, el cielo se abre para volcarse sobre la humanidad. A los pies del Sagrario es donde se aprende a ser lo que tenemos que ser y a hacer lo que tenemos que hacer. Ante las puertas del Sagrario surge la vocación a la virginidad, al sacerdocio, florece la vida misionera y se llena de impulso nuestro corazón, de luz nuestro entendimiento, de fuerza nuestro actuar, para realizar los planes divinos con alegría y seguridad.

A los pies del Sagrario conseguimos para los demás y para nosotros mismos cuanto pedimos, alcanzando el hacernos semejantes a Cristo, protector del huérfano y de la viuda, donador de amores, Padre de la verdadera justicia, camino seguro que nos conduce a la verdadera y auténtica felicidad».

Hermanos, la familia y el mundo serán de Cristo si nosotros somos santos. Que así sea.

PALABRAS DEL P. VICTORINO RODRIGUEZ, O. P. EN EL ACTO LITURGICO FINAL

1. Te damos gracias, Señor, por haber compartido nuestra condición humana haciéndote familia con María y José, Sagrada Familia de Nazaret, y habernos asociado a todos al gran misterio de Vida Trinitaria. Queremos ser hermanos y hermanas y madre tuyos acogiendo tu palabra en comunión con el Padre en el Espíritu Santo.

2. Te damos gracias, Señor, por haber instituido el gran sacramento del matrimonio cristiano del que nacemos, y a la Iglesia como gran familia en la que se integran las demás familias como iglesias domésticas.
3. Te damos gracias porque has querido que a nuestras familias las presidiera una Madre común, que es tu misma Madre, Hija del Padre y Esposa del Espíritu Santo, con presidencia de amor, de gracias y de misericordia, a la que un buen hijo suyo, Fray Luis de Granada, cantaba como «rosa de paciencia, lirio de castidad, violeta de humildad y verdura de esperanza». Crucemos, pues, con ella el umbral de la esperanza, en expresión de Juan Pablo II.
4. También te damos gracias porque en estos últimos años de gran crisis de la verdad sobre la familia has inspirado a tus Vicarios los Romanos Pontífices —Pío XI, Pío XII, Pablo VI, Juan Pablo II— velar sabía y valientemente por los grandes valores de la familia unida en la civilización del amor, y hacer frente a las múltiples y persistentes amenazas a su institución sacra, a su unidad indisoluble, a su fecundidad amorosa, a la convivencia hogareña en paz.
5. Nuestra acción de gracias se extiende también a los organizadores de esta XXXIII Reunión de amigos de la Ciudad Católica en el Año Internacional de la Familia; a los selectos conferenciantes, expertos en Filosofía, en Ética, en Derecho, en Medios de Comunicación Social, que sienten profundamente la crisis de la verdad sobre la familia.
6. Te pedimos luz, fuerzas y confianza para mantener a flote, según nuestras responsabilidades, esta entidad social básica, «célula de la sociedad», «el patrimonio más originario y sagrado de la humanidad», «iglesia doméstica».
7. Deseamos y pedimos con Juan Pablo II, con esperanza teológica, que la civilización del amor en que ha vivido la familia cristiana tradicional no se convierta en una civilización de la muerte, dando paso legal al aborto libre, a la eutanasia directa y a la destrucción de la misma institución familiar con la aceptación social y amparo legal de las parejas homosexuales.
8. Si los fallos morales en la vida familiar siempre han existido y se han lamentado, en nuestro presente de la España democrática y socialista, las dolencias familiares son más radicales e ideológicas; responden a actitudes filosóficas, éticas, jurídicas, sociológicas, propagandísticas. Se justifica el divorcio, el aborto, la eutanasia, la fecundación artificial, el control de la natalidad, y todo ello se legaliza para que lo que se vive en la calle tenga fuerza de ley. La ética cristiana cede ante una «ética civil» callejera, con el aval de algunos moralistas católicos.
9. En esta acción de gracias por el don de la familia cristiana y por la verdad que sobre ella se ha impartido aquí estos días, no podemos omitir mencionar el gran don de la presencia ejemplar de la Madre de Nazaret en todas las madres cristianas, mantenedoras de la civilización del amor en las familias, y verdaderos sacerdotes de la iglesia doméstica. Se ha dicho bellamente que la casa es el vestido de la familia, y a la casa la constituye principalísimamente la esposa y la madre.
10. Te pedimos, finalmente, Señor que nos libres de la plaga televisiva, diabólicamente corrosiva del santuario de la familia cristiana, y del ambiente hedonista y utilitarista, fuente de tantas corrupciones, que anula u obnubila el sentido de la responsabilidad moral u honestidad. ¡Sagrada Familia de Nazaret, ruega por nuestras familias!